



Hugo Rodríguez Alcalá

# **Romancero de Juan Lobo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Hugo Rodríguez Alcalá**

## **Romancero de Juan Lobo**

Al lector

El verdadero nombre de Juan Lobo era Regino Vigo, oriundo de San Pedro del Paraná, no de Misiones como dice uno de mis romances.

Regino Vigo fue muy temido en la región de Yuty en la década de los cuarenta. ¿Por qué elegí el seudónimo de Juan Lobo para mis romances?

Regino Vigo era mujeriego. Bien, en Inglés Wolf significa lobo y también, libertino, faldero, mujeriego: Wolf is a man who is direct in making amorous advances to many women, o sea, un tenorio. Y Juan. Juan es el nombre del burlador de Sevilla.

Por esta razón Regino Vigo, en mis romances, tiene nombre más sonoro.

Durante los años cuarenta todos los rimadores paraguayos éramos lorquianos: Josefina Plá, Hérib Campos Cervera, Augusto Roa Bastos, José Antonio Bilbao, Óscar Ferreiro, José Luis Appleyard. Yo no fui una excepción; yo fui devoto lorquiano. (El lector curioso puede leer en mi libro Poetas y prosistas paraguayos, y otros ensayos (Asunción, 1988), el titulado «Federico García Lorca y poetas paraguayos. En el cincuentenario de la muerte del poeta, 1936-1986».

Juan Lobo, es decir, Regino Vigo, suscitó toda una leyenda, como aquel Robin Hood inglés del siglo [6] XII héroe de muchas baladas, que robaba a los ricos para favorecer a los pobres, jefe de una banda de fieros secuaces, famoso arquero de la selva de Sherwood.

He pedido al gran ensayista y narrador Helio Vera que trace unas páginas sobre Vigo. Helio Vera ha estudiado con su característico afán erudito la historia y la leyenda de Regino Vigo.

Él sabe infinitamente más que yo quién y cómo era el que llamo Juan Lobo en mis romances.

H.R.A. [7]

## Prólogo

En el sur del Paraguay es tenido por cierto -¿quién soy yo para dudarlo?- que Regino Vigo se volvía invisible cuando quería y que un «Kurundú», talismán infalible bajo la piel, desviaba las balas dirigidas contra su cuerpo. Se asegura que dominaba el arte del disfraz. Se sabe que sometió al capitán Benítez, su más implacable perseguidor, a una burla cruel: bailar con él una polca atolondrada, durante la fiesta ofrecida por el club social de Yuty, con motivo de la fiesta patronal. Benítez jamás supo quién era, en realidad, la dama de formas prometedoras que le clavaba en el pecho sus erguidos senos de trapo.

De Regino Vigo conservo dos fotografías borrosas. En una de ellas, posa a caballo con su esposa. Era la época en que vivía en San Pedro del Paraná, como una persona honorable. En la segunda, veo a un hombre arrogante, con pantalones de montar, botas de caña alta, sombrero Panamá y una fusta en la mano. Ya era el hombre que encabezaba una de las gavillas más populosas del Paraguay contemporáneo. Se le atribuyen hábitos de Robin Hood: parte del botín era distribuido en el pobrerrío. Por eso Vigo deviene en héroe popular, por eso le es tan difícil a sus perseguidores conseguir baqueanos e informantes.

Hubo un momento en que se decidió poner fin a su itinerario. Fue cuando se produjeron los asaltos sucesivos a Oro Verde y Puerto Mineral, en la provincia argentina de [8] Misiones. La muerte de un gendarme argentino, diversos daños a la propiedad y un botín que no fue tan cuantioso como quiere la leyenda pusieron fin a la displicencia con que era perseguido hasta entonces. De esa misión se encargó un escuadrón de caballería comandado por el mayor Eliodoro Estigarribia.

Como suele ocurrir, el pueblo se sintió más aterrorizado por los perseguidores que por los bandoleros. Era claro que una visita de la «comisión» traía consigo un sinnúmero de calamidades. El saqueo era el mismo, pero con una diferencia de modales: Cuando Vigo llegaba a una estancia, acostumbraba pedir cortésmente la colaboración de sus habitantes. Y hasta ofrecía pagar, gentileza que siempre era rechazada con entusiasmo. La «comisión», en cambio, arrebataba todo lo que necesitaba. Sin obviar amenazas, indagaciones, y sin mezquinar el empleo del «teyuruguái» sobre las espaldas de los remolones.

La persecución lo fue cercando. Durante ella, perecieron varios de sus compañeros: Brítez Pukú, Corrientes y varios más. Vigo concibió la idea de disolver el grupo y declarar el sálvese quién pueda. Allí comenzaron las discusiones. Le echaron en cara el juramento de permanecer juntos hasta la muerte y las promesas de fraternidad indisoluble. Pero había algo más: el gobierno había infiltrado a un hombre en la banda, quien se encargó de sembrar las semillas de la desconfianza al jefe.

Finalmente, la traición pudo lo que no había conseguido la Caballería. En Potrero Tuna, un sitio inhóspito, a espaldas [9] del cerro Alto Verá, Vigo fue asesinado por sus compañeros. Estos se habían complotado con la promesa de una amnistía. Algunos, más astutos, huyeron a la Argentina, luego de cruzar el Paraná a la altura de isla Talavera. Otros fueron perseguidos y muertos en distintos sitios. Los que se presentaron a recibir su «libertad», según se había pactado, fueron todos ejecutados. Si la vemos desde un punto de vista filosófico, podemos aceptar que la promesa fue cumplida.

La noticia de su muerte circuló hacia la Semana Santa de 1942. Bastó que la anunciaran las autoridades para que el pueblo, con larga perspicacia, adivinase la verdad: Fue el propio Vigo quien hizo correr el rumor de que había muerto a manos de sus propios compañeros. En realidad, el cadáver que encontraron sus perseguidores era el de un guayaquí a quien Vigo, después de matar, vistió con sus ropas. Después se marchó al Brasil, donde vivió plácidamente el resto de su vida, disfrutando del botín acumulado en años de correrías. A veces, enviaba postales y cartas a sus parientes, que las escondían de las miradas de los chismosos y delatores. Durante la guerra civil de 1947, se anunciaba su llegada inminente para acaudillar la montonera liberal.

¿De quién estamos hablando? Del único bandolero paraguayo que rozó los límites de la leyenda y que, después de habitar las páginas efímeras de las secciones policiales, se ha convertido en un tema de la bibliografía histórica y literaria. Citaré los libros que lo mencionan: las memorias del general Pampliega, ministro del Interior durante su apogeo delictivo; [10] las memorias de León Cadogan, jefe de Investigaciones de la Delegación de Gobierno del Guairá en la misma época, con curiosos detalles sobre la forma en que fue exterminada su gavilla; «El Valle y la Loma», de Ramiro Domínguez, donde se lo presenta como el paradigma del bandido romántico; «Seis relatos de un campesino» de monseñor Saro Vera. Sin olvidar que «Regino Vigo» es el título de uno de los relatos de mi «Angola y otros Cuentos» y el personaje central de un largo manuscrito del padre Di Perna, que nunca fue Publicado.

Nada más justo que Hugo Rodríguez-Alcalá haya abordado la gesta de Vigo desde la óptica del romance. Ningún género mejor que este para perpetuar en el tiempo la epopeya de los héroes del pueblo. Y romancero, como sabemos, es un conjunto de romances, que hasta pueden tener distintos autores, y que tienen un tema o un personaje central. Es el romancero el que no dejó morir a don Rodrigo, a Bernardo del Carpio, a Ruy Díaz de Vivar, a los infantes de Lara y al conde Fernán González, en un ciclo histórico-poético que comienza al romper el primer milenio.

El acento lorquiano de la gesta de Lobo (Regino Vigo) es el mismo que preside buena parte de la poesía de la época en que fue escrito. Era imposible no escribir poesía sin dejarse influenciar por García Lorca. Así como años después fue igualmente imposible sin dejarse presionar por el acento de Neruda. García Lorca retoma el antiguo género del romance, donde laten dos mil años [11] de literatura española, y lo emplea como un ariete para remozar la poesía. Sus personajes no son los individuos majestuosos del cantar de gesta, condes, duques, obispos -sino los que conserva, reales o inventados, la memoria popular. Son personajes del pueblo: Antonio Torres Heredia, asesinado por sus cuatro primos Heredia, el amor furtivo de un gitano con una mujer casada, Soledad Montoya y sus penas de amor. Bien puede Regino Vigo, el bandido romántico, codearse con estos sus pares.

El género del romance, digámoslo de paso, no suele ser bien visto por los poetas cultos. Tal vez Hugo Rodríguez-Alcalá y Óscar Ferreiro El gallo de la alquería y otros compuestos sean los únicos que lo hayan abordado.

Haciendo esta salvedad, el romance sigue vivo en la poesía popular iberoamericana: el galerón venezolano, el corrido mexicano, la poesía gauchesca argentina, la literatura de cordel del Nordeste del Brasil y el «compuesto» paraguayo. Celebremos que el «arte menor» del octosílabo haya merecido las atenciones de un poeta de los quilates de Rodríguez-Alcalá. Por eso debe ser recibido como un homenaje a las raíces más íntimas de la poesía castellana, y como una incitación a recuperar la intensa vitalidad de un género al que han honrado los poetas del pueblo. E incluso monstruos sagrados como Francisco de Quevedo y Lope de Vega que también condescendieron, alguna vez y con maestría, a practicar el «arte menor»

Helio Vera

[12]

[13]

El pueblo

San Pedro del Paraná

es su pueblo. Mes de enero.  
Olor a campo fecundo  
que el sol calienta. Y silencio.

El caserío se inclina 5  
en la canícula. El pueblo,  
cinco o seis cuadras de casas  
y ranchos pobres y viejos.

La iglesia, de tan mezquina  
apenas parece un templo, 10  
aunque por dentro, el altar  
es de estilo plateresco.

Algunas cruces y tumbas:  
eso es todo el cementerio.  
La plaza es sólo un baldío 15  
con un mástil en el centro.

El horizonte se extiende  
en línea de cocoteros  
de copas que se deslían  
al aire de azur y fuego. 20  
Lentas carretas de bueyes  
cansados y soñolientos [14]

salen del pueblo dormido,  
las altas ruedas, crujiendo.

El arroyo manso y limpio 25  
cruza el camino bermejo.

Allí, chicuelos desnudos  
bañan sus cuerpos morenos.  
Allí se paran los bueyes  
y mojan sus tibios belfos. 30

Sobre lo verde del valle  
el rojo alegre y violento  
del camino, se enardece  
y alza un polvo turbio y seco.

¡Camino rojo que trae 35  
vagos rumores al pueblo  
y lleva rumores vagos  
que se pierden a lo lejos!

Pero nunca trae nada  
diferente, nada nuevo. 40  
Y el pueblo nunca despierta  
de la calma de su sueño.  
Entreabre a veces los ojos  
al repique dulce y lento  
de las campanas. Los gallos 45  
hieren el hondo silencio:  
único reloj que advierte  
la tarda fuga del tiempo [15]

Romance de Nanawa:  
Enero-Julio 1933

Guerra del Chaco: Nanawa.  
Batalla de meses largos.  
Dos pueblos luchan a muerte  
por Nanawa.

Sin descanso  
día y noche, la pelea 5  
por Nanawa. Y ¡ay qué oscuro  
trueno el cañón sobre el campo  
abierto en cráteres!

Vuelan

aviones artillados  
y del ciclo llueven bombas 10  
de fulminantes impactos  
¡De miedo al cielo llameante  
está la tierra temblando!

Paraguay revive días  
gloriosos de su pasado. 15  
¡Selvas de espinas pedían  
como precio del milagro  
un vía crucis de sed  
entre altas cruces de cactus! [16]

Tierra seca, tierra yerma, 20  
ceniza llena de cardos,  
¡quería tu sequedad  
la carne de muchos labios  
y un ancho río espumoso  
de gritos ensangrentados! 25

Tierra de inmensas distancias,  
¡qué bien jalonas tus páramos!

Tus filas, tus largas filas  
de cruces de toSCO palo,  
ya han desgajado las selvas 30  
y han ensanchado los campos,  
y la muerte, agrimensora,  
mensura leguas de cráneos.

Dos pueblos luchan a muerte  
por Nanawa.

Sin descanso, 35

día y noche la pelea  
por Nanawa.

Meses largos.

Sol y lluvias.

¡Y qué oscuro

trueno el cañón sobre el campo!  
ceniza llena de cardos. 40 [17]

El veterano  
En Nanawa está Juan Lobo  
infierno de triste verde.  
Sus inauditas hazañas

lo ascendieron a teniente:  
sus estrellas ha arrancado 5  
de las garras de la muerte.

Siempre al encuentro del fuego  
nunca las balas lo hieren:  
le rozan el uniforme  
mas le rozan solamente. 10

Si le perforan la gorra  
no le rasguñan las sienes:  
evitan a todo trance  
darle en la impávida frente.

Cuando él avanza le esquivan 15  
o de pronto se detienen.  
O soplan en sus oídos  
amenazas de la muerte.

Pero Juan Lobo sonrío  
y a golpes de su machete 20  
derriba filas de hombres  
que a hacerle frente se atreven [18]

En el vivac es Juan Lobo  
el guitarrista más célebre,  
cantor de rojas pasiones 25  
de hombres duros y mujeres  
cuyos amores violentos  
en odio atroz se convierten.

Pero también canta coplas  
de versos dulces y alegres, 30  
coplas que arrancan suspiros  
de ceñudos combatientes.

En Nanawa está Juan Lobo,  
infierno de triste verde.

1947 [19]

La venganza  
Hace ya tiempo que Juan  
tiene muda la guitarra.  
Cartas vinieron del pueblo

y al fuego fueron las cartas,  
que le quemaron las manos 5  
y ahora le queman el alma.

Comisario amigo suyo,  
amigo desde la infancia,  
aprovechando su ausencia  
traicionó su confianza. 10  
Víctima del Comisario  
fue de Juan la única hermana.

-Juan Lobo, debes volver,  
le decían en las cartas,  
que un agravio así no puede 15  
jamás quedar sin venganza.

Y Juan Lobo regresó  
a su pueblo una mañana.  
Oscura llama traía  
su rencorosa mirada. 20  
Y aquella mañana misma  
llegó con él la venganza. [20]

Acostumbrado a la muerte  
venía de las batallas,  
y en sus manos tan amigas 25  
del temblor de la guitarra,  
era el trueno de la pólvora  
la violencia aquerenciada.

Juan Lobo huyó. Veteranos  
de las gestas de Nanawa 30  
en él tuvieron el jefe  
legendario de una banda  
de terribles forajidos.  
Cuando Juan Lobo cabalga  
por los valles, con su escolta 35  
hasta los dientes armada,  
y viste el verde uniforme  
de sus días de campaña,  
nadie sabe si el bandido  
de este modo se disfraza 40  
o si quiere, con sus hombres,  
conmemorar sus hazañas. [21]

El chajá

El chajá, pájaro gris  
amigo de los bandidos,  
monta guardia en el estero  
en zancos de rojo vidrio.

Invierno. Noche de Julio. 5  
El viento se ha detenido,  
la luna es corvo puñal  
de dos puntas, amarillo.  
Cien mil ranas en las ciénagas  
con su bajo sostenido 10  
mecen la noche que sueña  
un sueño lánguido y rítmico.  
Reptiles en el estero  
zigzagüean con sigilo.  
Luciérnagas en la sombra 15  
encienden fugaces brillos.

No lejos del agua negra  
el Lobo yace dormido:  
junto al muslo tiene el rifle,  
el revólver en el cinto. 20  
Duerme Juan sobre un cansancio  
de cuatrero perseguido.  
Pero al fin se va aquietando  
el panorama sombrío  
y duerme al fin el estero 25  
y calla el cántico rítmico [22]  
de las ranas. Todo duerme  
bajo el dosel infinito  
del que gotean los astros  
sus resplandores dulcísimos. 30

Todo: el campo, el llano, el pasto  
que ha de perlar el rocío  
cuando los gallos transmitan  
de valle en valle sus gritos.  
Sólo el chajá está despierto 35  
sobre sus zancos de vidrio  
dispuesto a hender el silencio  
con el clarín de su pico.

Siente él rumores confusos  
en el viento detenido; 40  
no lejos viene, de bruces,  
arrastrándose el peligro.  
Y el pájaro como un arco

de tensión, oye el ruido  
de los juncos al quebrarse 45  
al paso del enemigo.  
Sólo cuando los gendarmes  
que no ve, pero ha sentido, [23]  
han llegado hasta el estero,  
el chajá lanza su grito. 50

Juan Lobo súbitamente  
despierta, ya apercebido,  
en las manos tiene el rifle,  
en los ojos, torvo brillo.

Y ya en la noche que encienden 55  
fogonazos y estampidos,  
entre bruscos juramentos  
por el estero infinito,  
sobre ciénagas y víboras  
huye a saltos el bandido... 60 [25]

El asalto del pueblo I  
Los espías de Juan Lobo  
entrando van en el pueblo.  
Frente a la comisaría  
se detienen un momento.  
El pueblo está como siempre 5  
sin esperar nada nuevo.  
Sus casas de adobe, viejas  
de somnolencia y de tedio.  
La plaza, desierta y triste;  
la iglesia, como durmiendo. 10  
A la puerta de su casa  
sorba su mate algún viejo  
y algún muchacho, en harapos,  
pasa seguido de un perro.  
Y el pueblo mira hacia el campo 15  
para atajar un bostezo:  
muy verde está la llanura  
en este benigno invierno  
en que los valles descansan  
del sol que los quema a fuego. 20  
Hacia el norte montan guardia  
piquetes de cocoteros  
cuyos penachos susurran  
sacudidos por el viento. [26]

En el valle, aunque sin flores, 25  
crecen pastizales tiernos  
donde animales deambulan  
en interminable almuerzo.  
El sol dorado fulgura  
en la pureza del cielo. 30  
Bandadas de loros pasan  
despertando verdes ecos.

Emponchados, los espías  
parecen recios troperos  
cansados de una jornada 35  
sobre los valles inmensos  
en que la hacienda llevaran  
hundiéndose en los esteros,  
a través de pirizales  
cimbreados sobre el cieno. 40  
Los caballos de los hombres  
relinchan. Son dos overos  
con las patas embarradas  
y los ijares sangrientos.  
Y los espías prosiguen, 45  
taciturnos, por el pueblo. [27]

El ritmo de sus quijadas  
que están al sesgo moviendo  
revela que mascan naco  
que es duro tabaco negro. 50  
Y aunque nadie los conoce  
tampoco sospechan de ellos,  
cuando desmontan sin prisa,  
atan los sucios overos,  
se encaminan al boliche 55  
con pesados trancos lentos,  
y llegan al mostrador  
saludando y escupiendo.  
Y allí se pasan las horas  
bebiendo con tres malevos 60  
y hablan de bueyes perdidos  
y caballos parejeros  
e inquietan informaciones  
de sospechosos sujetos  
entre risas, cuentos, gritos 65  
y algunos chistes obscenos.  
Luego salen y recorren  
las calles todas del pueblo  
fingiendo estar achispados

y a veces del todo ebrios. 70 [28]

Pero sus ojos de tigre  
bajo los negros sombreros  
miran, cuentan y calculan  
con resplandores siniestros.  
Al llegar frente a la iglesia 75  
se descubren con respeto,  
quien sabe si por astucia  
o cristiano sentimiento.  
Y ahora pueden marcharse  
montados en sus overos: 80  
ya saben cuanto querían  
saber en su merodeo.  
Saben ya que diez gendarmes  
están, jugando o durmiendo  
bajo el mando del teniente 85  
que es comisario del pueblo.  
Ya saben cuántos fusiles,  
cuantas balas y pertrechos  
hay en la comisaría  
para perseguir cuatreros. 90  
Ya han visitado las tiendas  
y preguntado los precios  
e inquirido mil detalles  
con propósito encubierto, [29]  
y saben ya la existencia 95  
de la tienda de Don Pedro,  
del almacén de Fernández  
y del boliche «El Progreso»  
y han mirado las mujeres  
de más lindo rostro y cuerpo 100  
y han sumado mentalmente  
mercancías, hembras, pesos,  
que serán en el asalto  
botín de los bandoleros.  
A la mañana siguiente, 105  
apenas amaneciendo  
marchan en busca del Lobo  
con caña, cigarros, géneros  
y algunas otras provistas  
que disimulan su intento 110  
y que a la vez justifican  
su breve visita al pueblo. [30]

[31]

## El asalto II

Las cigarras enmudecen,  
el son de su tibia orquesta  
cuando los rifles inician  
duros compases de guerra.  
Pesadilla en sueño plácido 5  
con que el gendarme despierta:  
Aquel alud de jinetes  
venido desde la selva  
Voces, órdenes, disparos,  
galopes de locas bestias: 10  
(Es un cuadro del Far West  
con paisanos en la escena  
y casas de adobe en vez  
de las casas de madera.)

Liquidados los gendarmes 15  
acaba la resistencia.  
Algunos triunfales «pii... pus»  
y termina la pelea.  
La gente pobre del valle  
está anhelante y contenta, 20  
porque un asalto de pueblo  
para ella es día de fiesta. [32]

Y vienen los bandoleros  
a caer sobre su presa:  
un pueblo rico, con turcos 25  
que en el comercio progresan;  
algún hacendado avaro  
de sus pesos y su hacienda  
y muchas buenas mujeres  
para consolar las penas. 30  
Ya llegan al almacén  
y ya saquean las tiendas  
y en un boliche ya beben  
vino tinto o caña vieja  
y en diez minutos vacían 35  
varios pares de botellas  
(Beben con ellos, los cómplices  
de la reciente refriega,  
porque hay que saber que Juan  
tiene amigos por doquiera 40  
que en las malas no lo olvidan  
y le ayudan en las buenas).

En el botín hay de todo:  
dinero, pilchas botellas, [33]  
municiones y pertrechos, 45  
mujeres las menos feas:  
Cinco doncellas eligen  
y cinco semidoncellas;  
Algunas están llorosas  
y varias están contentas. 50  
(En muchas es privilegio  
ser robada como Helena).

Y entre todo lo robado  
del gran botín, se reserva  
de todo un poco a los pobres 55  
que Juan protege y sustenta.  
Que el quinto del Rey de antaño  
de la conquista de la época  
el Lobo conquistador  
para los pobres lo deja. 60  
Los pobres, que son los más  
y aunque para menos cuentan,  
adoran a Juan por eso  
le ayudan y le veneran.  
Y por eso a este señor 65  
de los valles y las selvas,  
unos le tienen por malo,  
y los más, por él murieran.

5-Agosto-47 [34]

El capitán de gendarmes  
Es la hora de la siesta.  
En su hamaca, el estanciero  
tiene entornados los ojos  
y bosteza soñoliento.  
El corredor de la estancia 5  
es ancho, sombroso y fresco.

El campo, verde y soleado  
dilátase hasta muy lejos  
llano, y sin más accidentes  
que grupos de cocoteros 10  
e islas que, en el horizonte  
escalán lejanos cerros.

Nubes de blando algodón

surcan el añil del cielo  
y proyectan, sobre el campo 15  
sombras móviles, que, huyendo  
vuelven el pasto más verde  
y aun azul, de trecho en trecho.

Bordea las alambradas  
largo camino bermejo. 20  
En el calor de la siesta  
braman los toros en celo, [35]  
y han robado las cigarras  
la voz única del eco.

El estanciero, abogado 25  
y hombre culto, es asunceno.  
Hace unos días que vino  
a ver marcar los terneros.

La peonada, que le admira  
y le tiene gran respeto 30  
de lejos mira al patrón  
que está en la hamaca durmiendo.

Por el camino, un jinete  
de uniforme verde y nuevo,  
sobre un overo brioso 35  
viene alzando un polvo seco.

Cuando llega a la tranquera  
le ladran furiosos perros.  
El capataz los ahuyenta  
y recibe al forastero. 40

Estrellas de capitán  
fulgen con áureos reflejos [36]  
en las presillas que luce  
el jinete del overo.

Tras de saludos corteses 45  
y amistosos cumplimientos  
el recién llegado expresa  
querer ver al estanciero.

-Patrón, aquí el capitán  
le quiere ver un momento... 50  
-Que pase -dice el patrón,  
más dormido que despierto.

-Vengo a pedirle caballos...  
sé que usted está dispuesto  
a ayudar siempre a los que 55  
persiguen a los cuatreros...

-Señor capitán no sabe  
con que gusto se los cedo,  
lleve todos los que quiera;  
elijá el andar, el pelo 60  
con tal que me deje veinte  
yo me doy por satisfecho. [37]

-Señor: sólo necesito  
diez caballos bien ligeros-,  
con tal de que atrape al Lobo 65  
vivo o muerto, estoy contento.  
Llévese usted los mejores  
y extermine a esos cuatreros...

Pronto señor, verá usted  
así como me está viendo 70  
y no muerto sino vivo  
a Juan Lobo el bandolero.

-Buena suerte, capitán;  
y que vuelva usted ileso.  
Ese bandido... usted sabe... 75  
-Descuide usted.

-Hasta luego.

-Mil gracias por los caballos.  
-Y ¡duro con los cuatreros!

Ya se marchó el capitán.  
Queda el patrón sonriendo. 80  
Hace cálculos alegres,  
cuenta novillos y pesos  
y, ya tendido en la hamaca  
se cierne sobre él el sueño. [38]

-Patrón, le dice un peón, 85  
quiero contarle... un secreto...  
El señor ése que vino  
¡es Juan Lobo el bandolero!

El hacendado da un salto  
y de pie, pálido y trémulo 90

pide que ensillen, y al rato  
huye veloz como el viento.  
Sólo al llegar a Asunción  
se siente libre del miedo. [39]

Romance del mujeriego

«Después que vi este garzón...  
Saltos me da el corazón;  
Cosquillas tengo en el pecho.»

Tirso De Molina

Sin excepción, todas sienten  
escozores en los pechos  
cuando Juan Lobo las mira  
con sus ojos de lobezno.

En leguas a la redonda 5  
y en casi todos los pueblos  
Juan Lobo ha tenido amores,  
raptos, pendencias y duelos.

Juan -dice él- no es un bandido  
sino un hombre verdadero. 10  
Si desenfunda el revólver  
es porque otros tienen celos.

Él va derecho a su presa  
como el halcón en su vuelo  
de venablo; y en la china 15  
que le ha encendido el deseo  
clava sus garras de amor  
de caricias y tormentos. [40]

Ninguna se queja de él  
que todas saben quererlo. 20  
Cuando las deja, les deja  
para la vida, el recuerdo.  
Y todas le quieren bien  
y siempre siguen queriéndolo  
y quieren, como Juan Lobo 25  
hijos fuertes y sin miedo.

En su guitarra en que vibran  
lujurias de sol y ensueño  
dice que él tiene nostalgias

de niño perdido y huérfano. 30  
Dice que él siente en la noche  
en las llanuras del cielo,  
llamados de luz que bajan  
con la luz de los luceros.  
Dice que busca en el mundo 35  
errante en valles y pueblos,  
dos ojos que sean iguales  
a dos que ha visto en el cielo.

1º de junio de 1946 [41]

### El duelo I

El comisario del pueblo  
nombrado hace pocos días,  
hombre enérgico y resuelto  
que tiene en poco su vida  
y echara el guante a cuatreros 5  
con ejemplar bizarría,  
ha llamado a los vecinos,  
una tarde clara y tibia,  
para conocer a todos  
y concertar la política 10  
que ha de seguir en el pueblo  
como autoridad legítima.  
Tras unas breves palabras  
de saludo y cortesía  
en guaraní bien hablado 15  
dijo con voz decidida  
que acabar con los cuatreros  
era su afán y consigna  
y que, vivo o muerto, Juan  
y los que al Lobo seguían 20  
él, con ayuda o sin ella  
capturarlos prometía.  
La arenga del comisario  
con frialdad fue recibida  
y un silencio embarazoso 25  
heló la comisaría [42]  
cuando, pedido consejo  
para tomar las medidas  
del caso, entre los vecinos.  
tras una plática ambigua 30  
nadie apoyó al comisario  
ni comentó su osadía.

Sólo dijeron que el Lobo  
era fuerte en su guarida;  
que aquella estaba en la selva 35  
y nadie la conocía;  
y que los once fusiles  
del Lobo y de su pandilla  
dificultaban la empresa,  
teniendo en cuenta que había 40  
tan expertos tiradores,  
de precisión tan mortífera,  
que a mil metros, rara vez,  
erraban la puntería;  
que eran antiguos soldados 45  
de la guerra con Bolivia  
los que seguían a Juan  
con militar disciplina.  
Y dichas estas razones  
con reticencia expresiva, 50  
los vecinos, saludando,  
se marcharon en seguida  
y volvieron a sus casas  
al tiempo que oscurecía. [43]

## II

Y es el caso, que del pueblo 55  
los vecinos, -casi todos-  
son amigos o compadres  
o parientes de Juan Lobo.  
Y al oír al comisario  
expresarse de aquel modo 60  
creyeron que estaba ebrio  
o le tomaron por loco.  
Era el nuevo comisario  
hombre violento aunque probo,  
celoso de su prestigio, 65  
de su autoridad celoso.  
Hábil y audaz en amores,  
con desplantes tenoriles  
enamoraba a las mozas,  
enfurecía a los mozos, 70  
disgustaba a los maridos,  
exasperaba a los novios  
y a los que sin ser casados  
lo estaban en cierto modo.  
En muchos eran pretexto 75  
sus éxitos amorosos

para abrazar el partido  
mayoritario del Lobo. [44]

### III

Y ocurrió, que cuando el nuevo  
comisario, receloso, 80  
de una incursión del bandido,  
armó a sus gendarmes todos  
con máuseres más modernos;  
pidió caballos briosos  
y ejercitando a sus hombres, 85  
los hizo, fusil al hombro,  
salir del pueblo temprano,  
tirar al blanco, y en todo  
ganar militar prestancia  
y disciplina y aplomo; 90  
hubo vecinos que fueron  
a la guarida del Lobo  
y le contaron el caso  
con detalles minuciosos.

Diciembre. Mañana límpida. 95  
Sin nubes, azul el cielo.  
El comisario y el juez  
y el intendente del pueblo  
van a una junta, vestidos  
con sus trajes domingueros. 100  
Los gendarmes van delante  
a más de cuarenta metros,  
Detrás de los tres prohombres  
van los vecinos. [45]

Sombreros  
de paja o de paño oscuro 105  
protegen rostros morenos.

Y, fuera del comisario  
que viste uniforme nuevo,  
todos -según su partido-  
llevan pañuelos al cuello, 110

visten trajes de montar  
con polainas, saco negro,  
amplias bombachas de a cuadros  
y tiradores de cuero.

El intendente y el juez 115

y el comisario conversan  
sobre problemas locales:  
El estado de la hacienda,  
o los dudosos presagios  
de la próxima cosecha. 120

La brisa acariciadora  
que viene de la arboleda  
a aroma de flores pálidas  
perfumes del bosque mezcla.  
Y ya se acercan al puente 125  
que está a más de media legua  
del pueblo, y que del arroyo [46]  
salva la corriente fresca,  
cuando, de pronto, Juan Lobo,  
de abajo el puente, risueña 130  
la cara, aparece y dice  
con voz amable y serena:

-Señor comisario: ¿es cierto  
lo que por allí se cuenta,  
que vivo o muerto, usted quiere 135  
capturarme a mí?

La diestra  
de Juan, con gesto expresivo  
en el aire, lista, espera,  
desenfundar el revólver  
así que el otro se mueva. 140

Y ya el comisario al suyo  
echa mano con presteza,  
y ya en la clara mañana  
dos estampidos resuenan.

-Sepa el señor comisario, 145  
corto tiro, larga lengua,  
que Juan Lobo nunca mata  
por matar, sino en pelea  
frente a frente y hombre a hombre  
y siempre en propia defensa... 150

[47]

Mito guaraní

Tras dentellearle el perfil

huyó la jauría parda:  
los siete perros tenían  
cocuyos en la garganta.

Unos indios comentaron 5  
el largo aullar que escuchaban.  
Otros miraban al cielo  
sin decir una palabra.

Las indias, yendo hacia el río  
cantaron, quedo, en la playa: 10  
-¡Oh luna, cuando te muerden  
los siete perros la cara,  
el río quiere llevarse  
los peces grandes del agua  
y en remolinos oscuros 15  
zozobran nuestras piraguas!

Oh luna, cuando te muerden  
los siete perros la cara,  
de las frutas de las víboras  
las pesadillas se escapan 20  
y se posan en las telas  
que urden las malas arañas. [48]

¿Por qué no espantas los perros  
con siete piedras de plata  
o levantas una tienda 25  
con siete nubes en llamas?

La luna, que estaba tan  
exangüe, en concha de nácar,  
ni aun pudo mover los labios  
en una sonrisa blanca: 30  
después que fulgió la aurora  
y bostezó la mañana,  
fue absorbida por la luz  
como un gajo de naranja. [49]

Infancia de Juan Lobo

Al padre de Juan, Tenorio  
de amorosas serenatas,  
andaluz de cantos hondos  
que cavaba en la guitarra;

Lobo auténtico que siempre 5  
hacia honor a su raza,  
quebráronle el canto un día  
tres balas en la garganta.

Con fuego de amores rojos  
celos negros provocaba; 10  
por eso, una noche negra  
lo mataron por venganza.

Criolla que era su esposa  
le lloró desconsolada  
y puso junto a la cruz 15  
la ensangrentada guitarra.

Pero Juan, hijo del canto  
en cuya sangre vibraban  
las cuerdas enmudecidas,  
cogió un día la guitarra 20 [50]  
y en el silencio del bosque  
despertó la caja mágica.  
Copias del huérfano alzaron  
en la noche alucinada,  
un clamor de redención 25  
por sus lágrimas heladas...  
Mucho tiempo persiguieron  
al huérfano, sueños malos:

una noche de puñales  
de gritos y fogonazos; 30  
el cuerpo del padre en tierra;  
en el aire, muerto el canto  
y la guitarra ya muda  
junto al cadáver, sangrando...

Una cruz en el silencio 35  
con la guitarra en los brazos:  
y fuga del asesino  
al galope sobre el campo... [51]

El toro  
Por el valle de esmeralda  
camina Juan Lobo niño.  
Pasto y árboles muy verdes,  
cielo azul, rojo camino.

Juan Lobo va meditando. 5  
De vez en cuando, mugidos  
se escuchan en el sedante  
silencio del día tibio.

¿En qué va pensando Juan?  
¿Con qué va soñando el niño? 10  
Tiene la infancia sus sueños  
como el valle tiene lirios.

De pronto se oye muy cerca  
un pavoroso bramido  
y un toro negro, muy negro, 15  
viene derecho hacia el niño.

Ya ha bajado la cerviz.  
Ya viene por el camino  
haciendo temblar la tierra  
con su mole y sus bufidos. 20

Acaso la tierra roja  
su cólera ha enardecido. [52]

Espuma tiene en los belfos  
y sus cuernos, retorcidos,  
van ya a clavarse en las carnes 25  
estremecidas del niño.

¡Ay la furia de la bestia!  
¡Ay Juan Lobo estás perdido!  
¿No puedes subir a un árbol?  
¿No puedes huir del peligro? 30  
El aire tiembla con pájaros  
que revuelan afligidos.

Césped y árboles muy verdes,  
cielo azul, rojo camino  
y el toro negro, muy negro, 35  
y el niño, niño, muy niño...

¡Nada ayudaran a un hombre  
el revólver ni el cuchillo!...  
Entonces Juan Lobo coge  
roja tierra del camino 40  
y se la arroja a los ojos  
y esquiva al toro de un brinco.

La bestia se queda ciega  
y yerra el cuerpo del niño.  
Juan Lobo sigue su marcha, 45  
ya seguro, ya tranquilo.  
Pasto y árboles muy verdes,  
cielo azul, rojo camino. [53]

16-Junio-1947

El niño lobo

En su niñez fuera Juan  
querido del pueblo todo  
por la gracia de sus dichos  
y la audacia, que en su rostro  
anunciaba lo que el niño 5  
sería al llegar a mozo.

Pupilas de lobo-niño,  
colmillos de niño lobo,  
y en la boca hozante ya  
la risa, aullido de gozo. 10

-Morenitas de los valles  
que vais por agua hacia el pozo  
¿cómo andáis solas tan tarde  
sabiendo que ronda el lobo?

-Caperucitas morenas 15  
que ha tostado el sol del trópico,  
¿es que no teméis el hambre  
y los colmillos del lobo?

-Tenemos miedo, tenemos  
pero vamos hacia el pozo... 20

¿No sabéis que Juan ya tiene  
cumplidos los diez y ocho?  
Lo sabemos; pero vamos  
curiosas de todos modos... [55]

Rapto de la desposada

«...eres langosta de las mujeres.»  
Tirso de Molina

Polcas alegres resuenan  
bajo la noche estrellada.  
Polcas que dicen de amores  
templados en la guitarra.

Farolitos policromos 5  
decoran la gran estancia,  
y luz y música y risas  
se escapan por las ventanas.  
En las puertas, gente pobre  
está mirando embobada. 10

Afuera, la luna piensa  
que se enferma de nostalgia.  
Unos gallos soñolientos  
creen que es de madrugada.  
Sin fuerza, levantan gritos 15  
que caen a la distancia.  
Para ahuyentar su modorra  
baten en vano las alas.  
Mil estrellitas irónicas  
se ríen de su arrogancia 20  
y cuando gritan más fuerte  
su risa se cuaja en lágrimas. [56]

Pero el aroma del campo  
y la canción de las ranas  
adormecen ya la noche 25  
y la vuelven más diáfana.

En la estancia, cuchichean,  
cuando cesa la algazara,  
y en un súbito silencio  
quedan vibrando las arpas, 30  
y ya entre murmullos viene  
entrando la desposada.

En esta noche de fiesta  
Francisca Aguirre se casa  
con un teniente Martínez 35  
de quien todo el mundo habla  
porque persigue sin miedo  
a Juan Lobo y a su banda.

Tres veces con el bandido  
Martínez cambió sus balas. 40  
Cinco heridos resultaron

en la reciente emboscada  
Juan Lobo escapó en su yegua  
llevando la muerte en ancas. [57]

Dos horas lo persiguieron 45  
por los montes y picadas  
en una loca carrera  
bajo una lluvia de balas.

Juan Lobo juró a Martínez  
tomarse pronta venganza 50  
y castigar al cobarde  
ardid de sus emboscadas.

Después de la bendición  
el cura inicia una plática.  
Martínez está nervioso, 55  
Francisca Aguirre, muy pálida.  
Respiran presentimientos  
oscuros de una desgracia.

Tiembla la novia; las manos  
se lleva hasta la garganta. 60  
(¿Qué teme, si no hay peligro?,  
gendarmes guardan la estancia.)

La gente la abraza y besa.  
Su madre enjuga una lágrima.  
Los parientes hacen bromas; 65  
algunas de ellas pesadas. [58]

Sus cuatro primas le piden  
azahares.

!Ay Dios mío!,  
¿por qué callan las guitarras?,  
¿quién corre en los corredores 70  
y violenta las ventanas?

¿Y quién, el sombrero blanco,  
y el poncho, como una capa,  
irrumpe, pistola en mano,  
entre el terror de la sala? 75  
Un estampido retumba  
y cae al suelo una lámpara:  
Los hombres alzan las manos,  
las mujeres se desmayan.

Los duros brazos del Lobo 80  
cogen a la desposada:  
se cierra luego la puerta  
y diez jinetes se marchan  
haciendo fuego a los vientos  
en la noche consternada. 85

En vano suenan los rifles,  
en vano los perros ladran.  
Los fugitivos ya toman  
la más oscura picada  
y a la guarida del Lobo 90  
llegarán antes del alba. [59]

Rosario duerme esperando  
Juan Lobo, sombrero blanco  
y amplio poncho de tinieblas,  
llega al rancho donde duerme  
Rosario, sueños de espera.  
El Lobo mira en su torno 5  
y llama, quedo a la puerta.  
(Plata de luna en la plata  
de doma de sus espuelas  
brilla en las puntas que hieren  
ijares de locas bestias.) 10  
Los negros ojos de Juan  
avizores centellean.  
Sobre el cabo del revolver  
tiene crispada la diestra.  
(El cielo reza un rosario 15  
de soñolientas estrellas.  
La brisa trae profundas  
fragancias de la arboleda.)  
-Abre la puerta, mi vida,  
que ya la sangre me quema. 20  
Tengo azahares que arden  
en el fuego de la espera. [60]

«Hay en mi pecho una furia  
de verano y de tormenta.  
(Quiero esta noche, mi vida, 25  
crucificarte en ternezas.)  
Rosario duerme soñando  
sueños de sueños en vela.  
Sobre sus hombros descenden  
ondulando, negras trenzas 30

como serpientes de sombra  
que aniden en su cabeza.  
-Abre la puerta, mi vida,  
que ya la sangre me quema:  
tengo un rosal de caricias 35  
deshojándose en tu ausencia».

Rosario salta del lecho,  
y abre en silencio, la puerta.

(Antes del alba, Juan Lobo  
se fue, montado en su yegua. 40  
Galopó en la noche blanca  
hasta el fin de la pradera

La luz de la madrugada  
entró, dorada, en la pieza.  
Rosario duerme con besos 45  
enroscados en sus trenzas. [61]

Romance de Juan Salazar

(... fue Dios Nuestro Señor servido de que se  
descubriese la tramoya por medio de una  
india que tenía en su servicio el capitán  
Salazar, hija de un cacique principal la que  
habiendo entendido lo que los indios  
determinaban, dio de ello aviso a  
Salazar...

Ruy Díaz de Guzmán, cap. XVIII)

Indios acechan la aldea,  
la aldea, futura madre;  
madre con nombre de Virgen.  
Virgen que engendra ciudades.

Los indios, en los hispanos, 5  
de agravios quieren vengarse.  
Nada importan a su saña  
pactos o lazos de sangre.

Sueños tuvo Salazar,  
flor de nobles capitanes, 10  
fundador del nuevo fuerte  
con nombre de Virgen Madre. [62]

Salazar dice a la indígena  
que es su esclava y es su amante:

-Anoche soñaba sueños 15  
de traiciones y crueldades.

Soñé con bosques de flechas  
mojadas en roja sangre...

-Era sangre de cristianos  
la sangre que tú soñaste. 20

-Volaba un bosque de flechas  
haciendo noche en el aire.

-Flechas que tú viste en sueños  
eran flechas de mi padre.

-En mis sueños las serpientes 25  
pululaban a millares.

-Las serpientes de tus sueños  
eran indios desleales.

-Murciélagos en mi sueño  
presagiaban negros males. 30

-Guerrero de piel de luna,  
ciñe tu yelmo brillante,  
arma tu brazo de hierro  
antes que sea muy tarde  
y antes que vuelen las flechas 35  
pártelas en dos mitades.

Asunción, 18 de Agosto, 1947

Perú-Rimá

Perú-rimá es Lazarillo

Guzmán y Pablos criollo.

Hazañas tuyas, Quevedo

Alemán, o el gran anónimo

las relatara mejor 5

en un volumen famoso.

Yo, con poco ingenio y arte  
romancearé un episodio  
de Perú, que de unas páginas  
de mi propia madre copio. 10  
Siendo yo buen hijo, creo  
que así ni plagio ni robo.

En su mula el señor cura  
cabalga con onzas de oro,  
Lleva el producto del diezmo 15  
al obispo.

Viaja incómodo.  
Que va en ayunas.

No pudo  
gustar de su mate un sorbo.  
(Culpa de ello tiene el ama  
que al cura tiene furioso.) 20 [64]

Perú-rimá, que le aguarda  
del camino en un recodo,  
quiere adquirir esas onzas  
sino por fuerza, por dolo.  
Conoce al cura y no ignora 25  
que es comilón y goloso.

En su ollita de tres patas  
sucias de restos de locro,  
hierve ya, desde hace rato  
Perú, un puchero sabroso. 30  
Un fuego de ramas secas  
aviva con vivos soplos.

De lejos husmea el cura  
el perfume apetitoso  
del puchero, e hincha el pecho 35  
con hambre y gula en los ojos.

Cascos de mula ya suenan  
cercaños, alzando el polvo  
del camino que serpea  
sobre el valle verde, rojo. 40 [65]

-Perú dispersa los leños,  
apaga el fuego, y tan sólo  
deja que hierva la ollita  
sobre una mata de abrojos.

-Perú, el puchero está hirviendo. 45  
Habrás de decirme cómo.  
Fuego no veo y no obstante  
si no me engañan los ojos...

-Padre, es olla «de virtud»,

y trabaja, no sé cómo... 50

Apenas me aprieta el hambre  
y la hago hervir de este modo.

-¿Por cuánto me das tu olla?,  
he aquí tres onzas de oro...  
Perú se asombra, y sonrío: 55  
-¿Tres onzas, Padre? Es muy poco.

-Mira, como yo madrugo...  
-Padre, más de ella yo como...  
-Seis onzas te ofrezco, chico.  
-No me conviene tampoco. 60 [66]

-Por ser usted, se lo daba  
por sólo su peso en oro...  
El cura, regateando,  
cada vez más codicioso.  
El saco de onzas del diezmo 65  
al fin se lo ofrece todo.

Y Perú, a regañadientes  
ebrio de dicha en el fondo,  
acepta el ofrecimiento  
y huye, feliz, con su robo. 70

15 de agosto, de 1947 [67]

La fuente de los plátanos  
Diamante líquido, el agua  
relumbra en el claro pozo,  
en que una rubia arenilla  
remolinea en el fondo.

Agua purísima y fresca 5  
brota removiendo el oro.  
Plátanos de húmedas hojas  
su verdor yerguen en torno.

El sol, que brilla en lo azul,  
siempre indiscreto y curioso, 10  
en el agua de diamante  
pone sus móviles ojos.

Y los plátanos protegen  
contra el sol, aquel tesoro.  
Y el sol lucha por llegar 15  
del agua pura hasta el fondo.

Y por eso en pago de  
su intromisión en el pozo,  
tras las hojas relucientes  
echa monedas de oro. 20 [68]

Desde esta fuente hasta el pueblo  
hay un camino tan sólo:  
Un caminito ondulante  
trazado con lápiz rojo.

25

Sobre la alfombra del valle  
serpentea sinuoso,  
e imita las dulces curvas  
de las muchachas que todos  
los días van a la fuente 30  
temblando de risa y gozo.

El cántaro en la cabeza,  
llenos de lumbre los ojos,  
ríen las mozas morenas  
camino del claro pozo... 35

Horas tranquilas pasara  
aquí, en su niñez, Juan Lobo.  
Aquí pescó pececillos  
transparentes, luminosos,  
que entre los dedos se escurren, 40  
ágiles, veloces, como  
sirenillas del deseo  
con que nos tienta el demonio...

Y aquí, precoces amores  
fama le dieron muy pronto... 45

23-VII-47 [69]

Eclipse  
Cuando el eclipse ha enlutado  
el disco de oro brillante,

una noche opaca y gris  
sobre el bosque mudo cae  
el sol, escudo redondo, 5  
se ha convertido en alfanje  
y el alfanje se hunde en el  
pecho negro de un gigante.  
Los indios, despavoridos,  
creen ya que el astro padre 10  
para siempre en la tinieblas  
de los cielos va a apagarse.  
Y corre un escalofrío  
por el bronce de sus carnes;  
cunde el pánico en la selva 15  
con alaridos salvajes:  
el hechicero esquelético  
todo arrugas el semblante,  
el pecho hundido, cubierto  
de amuletos y collares, 20  
hacia el cielo, que es ya negro  
alza un dedo vacilante. [70]

-«Guerreros dice» «Guerreros»;  
falta fuego a nuestro padre,  
flechas con fuego en las puntas 25  
en la frente hay que clavarle;  
sean plumas encendidas  
en su frente venerable»...

La selva es un gran sepulcro  
en el que hombres y animales 30  
tendrán sudario de sombras  
bajo el negror de los árboles.

El hechicero repite:  
«Guerreros»... con voz en que arden  
la esperanza y el terror 35  
sombrió de la barbarie...  
Y los guerreros sacuden  
del pecho el hielo cobarde  
y disparan flechas como  
plegarias de oro y de sangre 40  
que se elevan de sus almas  
para dar lumbre a su padre...

12 de Agosto, de 1947 [71]

Marte indígena

¡Qué perfecto paladín  
era el mayor Caballero!  
No tenía pluma heráldica  
soleada sobre un yelmo,  
mas era un Don Juan de Austria 5  
en espejismos del yermo.

Su sonrisa era su pluma  
-más refrescante que el viento-  
y su lanza era el coraje  
vibrante en sus ojos negros. 10

En mapas llenos de cactus  
veía bosques de acero,  
y él apretaba los dientes  
y caminaba hacia el fuego.

Y él arrollaba los bosques 15  
rojos de llamas y estruendo,  
a la muerte haciendo, irónico,  
medidas de caballero.

¡Qué gran jefe era aquel mozo  
al frente de sus labriegos 20 [72]  
cuyos machetes segaban  
los ígneos campos del miedo!  
Verlo de noche en batalla,  
entre amarillos y negros,  
trazar rutas de victoria 25  
sobre la sed del desierto,  
era ver un Marte indígena  
vestido de guerrillero.

¡Qué gran jefe era aquel mozo  
que supo, duro y sereno, 30  
hacer de cactus, laureles,  
en los asombros del yermo! [73]

The listeners

(de Walter de la Mare)

«¿Hay alguien dentro?», preguntó el viajero,  
y a la puerta llamó, blanca de luna;

su caballo pacía en el silencio  
el césped de la próxima espesura:  
un pájaro voló desde la torre 5  
por sobre la cabeza del viajero.

Él, por segunda vez, llamó a la puerta.  
«¿Hay alguien allí dentro?»  
Pero nadie acudía a su llamada;  
nadie asomó bajo el dintel cubierto 10  
de hiedra, para ver los ojos grises  
y ansiosos del viajero.

Sólo la multitud de los fantasmas  
que habitaba la casa solitaria,  
permaneció escuchando en honda calma 15  
aquella voz del mundo de los hombres:

Apiñada en los rayos de la luna,  
flotando sobre la escalera  
que al vasto hall desciende oscura,  
escuchaba, en el aire estremecido 20  
por los aldabonazos del Viajero. [74]

Y él percibió en su alma la mudez y reserva  
con que a sus voces contestaron ellos,  
mientras que su caballo movíase en la sombra,  
paciendo obscuro césped 25  
bajo un cielo de estrellas y de hojas.

De súbito, otra vez llamó a la puerta  
y aún más recio, alzando la cabeza:  
«Decid que vine y nadie ha respondido;  
que cumplí mi promesa...» 30

Ni el más ligero ruido hicieron los oyentes,  
aunque cada palabra que él dijera  
repercutió en las sombras de la mansión callada.

Sonó después la bota en la estribera  
y todos ellos escucharon 35  
el choque de metal contra la piedra,  
y el silencio volver, suavemente,  
cuando los cascos, lejos, se hundieron en la  
arena.

[75]

Lamentación del aparcero  
Pedro Martín Ovelar,  
entre todos el primero,  
como jinete y cantor,  
como amigo y aparcero:

En el palenque del alba 5  
ataste tu pingo negro,  
y en un tordillo de luz  
galopaste a los luceros.

Las guitarras de estos valles  
lloran tu ausencia, nostálgicas. 10  
Y algunas con cintas negras  
han enlutado sus cajas.

Junto al fuego tus amigos  
reunidos no dicen nada.  
Buscan sí, en el cielo, rastros 15  
de tus espuelas de plata.

En la noche, centinelas  
te gritan que vuelvas pronto,  
creyendo ver en las sombras  
un alto jinete solo 20  
que ronda por las picadas  
y vadea los arroyos. [76]

Ellos no saben, Matín,  
que ataste el caballo negro  
en el palenque del alba 25  
y subiste a los luceros.

(Así Juan Lobo lamenta  
la ausencia de su aparcero.)

Junio, 1947. [77]

Caráu  
¡«Hay tiempo para llorar»!

Su madre, de tanta pena,

muy enferma cayó un día:  
-«Hija, no vayas al baile,  
me siento morir, querida.  
Esta noche, no, esta noche 5  
no me dejes, hija mía...

Y Caráu, frente al espejo  
ensayando una sonrisa,  
un clavel entre los dientes,  
callaba y no respondía. 10

Aquella noche ella estuvo  
más que nunca alegre y linda:  
y bailó, bailó y las polcas  
la embriagaban de delicias.

Jadeante y triunfadora 15  
sus ojos lanzaban chispas.  
Tres claveles en su seno  
en aroma y sangre ardían.

A media noche una vieja  
temblorosa y afligida 20 [78]  
llegó a la fiesta y llorando  
estas palabras decía:

-«Caráu, Caráu, ven conmigo,  
tu madre se esta muriendo».  
Y respondía Caráu: 25  
-«Estoy bailando, no puedo».

La moribunda, entretanto  
se retorció en el lecho.  
-«¡Ay!, hija de mis entrañas,  
no ves que me estoy muriendo?» 30

Cuando perdió la esperanza  
de darle el último beso,  
-«¡Caráu!» gritó sollozando  
y se murió maldiciendo.

Al mismo tiempo en la fiesta 35  
fría ráfaga de viento  
apagó todas las luces  
con un gran soplo de hielo. [79]

Caráu, con largo gemido

dio un salto atrás, extendiendo 40  
los brazos, que en alas negras  
de pronto se convirtieron.  
Su cuerpo moreno y rítmico  
volviose lustroso y negro:  
negras plumas le cubrían 45  
el pecho, la espalda, el cuello,

y del clavel de su boca  
surgió, brillante y siniestro  
un pico de ave agorera  
que abriose negro, gimiendo. 50

Desde entonces, en la selva,  
habita un pájaro negro.  
Siempre guarda triste luto  
y llora con desconsuelo.

13 14 de Agosto, 1947 [81]

Del Cancionero de Juan Lobo  
Coplas

## I

Tu corazón, -¡tan profundo!-  
cuando te estrecho en mis brazos  
late en la noche en silencio  
como el misterio del campo.

Tu corazón es un nido 5  
de besos aprisionados  
que van a huir por tu boca  
para llegar a mis labios.

Tu corazón misterioso  
es más tímido que un pájaro: 10  
a veces quiere fugarse  
cuando te estrecho en mis brazos. [84]

## II

Tu corazón es tu vida,  
tu vida, -la más secreta-  
agua que lleva suspiros  
corriendo bajo la tierra.

Tu corazón apacible 5  
reló oculto, sólo cuenta  
para el amor tuyo y mío  
minutos de dicha plena. [85]

### III

Tu corazón es un hoyo  
de donde brota en silencio  
un arroyito de amor  
que viene desde el ensueño.

Tu corazón es un fruto 5  
maduro, pero muy tierno  
que para que no se parta  
hay que cubrirlo de besos. [86]

### IV

Tiene tu boca fragante  
la carne de las guayabas,  
que al morderla deja el labio  
ardiente de mieles agrias.

Dulzura tibia del bosque 5  
que ofrece la siesta cálida,  
la fruta y tus labios brindan  
igual sabor y fragancia.

Morena, tus ojos dulces  
se encienden en luces lánguidas, 10  
como el brillo de luceros  
al reflejarse en el agua.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**